

Sancho, palabras verdaderas

*Un recuerdo de alumno, en el fallecimiento de
D. Juan Bautista Sancho Guimerá. Por Ignacio Sols.*

“Ha fallecido Sancho Guimerá” ¡Sancho! ¿no más su mueca socarrona? ¿apagado para siempre el brillo de sus ojos? Aquel año, entre tantas huelgas, la universidad cerrada –habíamos defenestrado el busto de Franco, estado de excepción- y la enfermedad y operación de Sancho, habíamos tenido con él, contados, dieciséis días de clase. Geometría proyectiva, cuando decía algo de matemáticas. “La mente de tu alumno no es un vaso que deba llenarse, sino un fuego que debe encenderse” Dieciséis días. Hasta que fui a visitarle, ya anciano, a su retiro en un pueblo de Avila, no volví a verlo más. El año que siguió a aquel curso de 1969 fui a vivir a otra ciudad, luego al extranjero, dedicado a temas sin relación con la geometría, siquiera con la matemática. Pero “el toro sabe al final de la corrida...”, todos esos años, los años de mi vida que yo llamo “posteriores a los dieciséis días de clase” llevaba el toro clavada la espada que tarde o temprano, lo quiera o no (Sancho decía que la vocación no se tiene, sino que se padece), lo hará tambalearse, “cesando debilitado en la caída”: si es verdad que vivir es ir cerrando posibilidades, las cerré todas dedicándome a la geometría proyectiva, porque no podía no hacerlo, como no se le da al toro escoger después que “ha sentido en su lengua un gusto a espada”, la espada que en mi espíritu joven había clavado Juan Bautista Sancho Guimerá. Ahora, Sancho ha muerto.

Entonces, cuando veamos un corrillo en la escalera de piedra, o un remolino de gente junto a la fuente, o frente al inolvidable bar de tapas y serrín de la universidad de Barcelona, ¿no estará ya Sancho en el centro, argumentando, contradiciendo, poniendo seguridad donde hay duda, poniendo duda donde hay seguridad? ¿Nunca más me encontraré por los pasillos de aquella universidad de verdad su figura familiar, aquel hombre pequeño, cargado de hombros, de pelo undoso, negro y descuidado, a quien nadie se atrevía a sacar de su ensimismamiento, andando con sus ojos azabache fijos en alef o en un espacio de cohomología?

¿Cómo ha podido un hombre en sólo dieciséis días de clase, en los que casi no habló de matemáticas, influir en mí como ningún otro matemático ha influido? Los diez últimos minutos, poco más, los dedicaba a la “santa simplicidad” como él llamaba a las matemáticas, no mucho más tiempo que la revelación de Diotima a Sócrates, las pocas palabras que hicieron a Sócrates, a la filosofía occidental y a Occidente. Y entonces, Antonio Machado con su chaqueta raída y su barba mal afeitada, después de habernos recitado el “Palacio, buen amigo” o el “¿no es verdad, Leonor?” ; entonces, Don Miguel de Unamuno con las puntas del cuello de la camisa asomando dobladas por el jersey cerrado, después de haber reducido todo a escombros porque no se puede edificar sobre ruinas; entonces D. Alonso Quijano el Bueno, después de haber dado sus consejos de lo divino y de lo humano al patán de Sancho Panza, desciende las gradas repletas de alumnos colgados aún de sus palabras, lo siguen con la mirada, coge un pedazo de tiza, minúsculo como la colilla que parte siempre al empezar la clase, se dirige a la pizarra y define: “Dimensión. Llamamos dimensión de un espacio vectorial a la cardinalidad de una cadena irrefinable de subespacios”. “Concepto. Llamamos concepto a un invariante por la acción de un grupo de transformaciones. Conceptos proyectivos, conceptos afines, conceptos topológicos...”

“Esfuércense en crear, siempre, en sus alumnos, una atmósfera de tensión intelectual” “La verdad les hará libres”, lo que equivocadamente atribuía a San Pablo. Pero para nosotros era lo mismo, la cosa es que lo decía Sancho. Y como todos allí éramos catalanes, había que decir algo del “seny”, la prudencia o buen sentido catalán, en que el pobre Sancho se ahogaba, sin que nadie pudiera salvar a aquel aragonés de Teruel, simpático, ocurrente, genial, de aquel naufragio entre tanto seny. “Seny, definición. Si los apóstoles, el día de Pentecostés, hubieran sido catalanes, se hubieran quitado las lenguas de fuego de encima de sus cabezas y las hubieran puesto sobre la mesa, diciendo : ¡No! ¡Ante todo, hay que tener seny! ” Pero, claro está, esto lo decía porque los que le rodeábamos entonces éramos catalanes. Si hubiéramos sido, por ejemplo, castellanos, es seguro que hubiera dicho justo lo contrario, porque Sancho siempre provocaba, y

ahora nos estaríamos riéndonos a costa de los castellanos. Me contaron que en un año anterior al mío iba una monja a su clase. Sancho aprovechaba la circunstancia para demostrar matemáticamente que Dios no existe. Pero un día se ponía la monja enferma, no venía. Y entonces Sancho demostraba que Dios existe, también con fórmulas matemáticas. Sea la historia cierta o no, ése es Sancho en estado puro.

“Esfuércense siempre por crear una tensión intelectual a su alrededor” Vuelvo con la mente a aquellos años, al Mercedes de Sancho, del que se decía que lo había comprado en los años en que enseñó en Venezuela, una de las leyendas que se contaban de él. Te asomabas a aquel extraño lujo que tan poco cuadraba con la persona de su dueño, y el interior era un amasijo de libros abiertos y cerrados, de ropa y de juguetes de niños. Ah, sí, la cosa se reconciliaba entonces, era de él. Las huelgas, las asambleas, las votaciones. “Tots junts vencerem”, “Igual que al pí a prop de la rivera”. “D’ un mon que ja es un poc nostre, de un país que ja anem fent, cantem les esperances i plorem la poca fe”. “¡No creiem en les pistoles!”. No creíamos en las pistolas. Cuando había bedeles policías por todas partes, y la policía te pedía el carnet para entrar en la universidad, y el resto del día lo pasaban de tertulia entre cazalla y cazalla en el puestecillo que tenían, entrando, a la izquierda. Y en el centro de aquellos recuerdos, del qué tiempo tan feliz que nunca olvidaré, aquel hombre vestido invariablemente de gris, invariablemente en el centro de un corrillo de estudiantes imantado con su palabra, con su mirada imantada. Aquel magnetismo de sus ojos negros, profundos, era al mismo tiempo alma, fuego, duda, verdad.

¿Cuál es la misión del profesor universitario, la misión del maestro, del intelectual? (“Maestro”, le llamaban muchos) ¿No es acaso la misión de Sócrates en la ciudad, la del tábano en el caballo, manteniéndolo despierto con sus molestas mordeduras? Recuerdo que después de la clase de Sancho, a segunda hora, ya no podía atender a las demás. Mientras explicaban el equis sub i sub jota (el infierno de los índices, como él lo llamaba), me salía al jardín de la universidad, a aquel último romántico entre peces silenciosos, empujado por la necesidad de poner orden en mis ideas. “Shall I put my lands in order?” Había comenzado para mí una lifetime enterprise, que aún no sé si ha acabado.

Luego llegó el tiempo de los exámenes. Sancho se había repuesto de su enfermedad, nos dio unas pocas clases y...los exámenes. Tres días y medio, duraba el suyo. Días de diez a dos y de cuatro a nueve, nada de bromas. Pero nadie nos imagine allí sentados redactando la intemerata, pues de la teoría no nos examinaba, porque “teoría”, decía, es “visión”, y la visión se contempla, como se contempla una puesta de sol, y a nadie se le ocurre examinar a nadie de una puesta de sol. Pero problemas, sí, porque problemas ya es otra cosa, es pensar. ¡Tres días y medio resolviendo problemas! Salíamos al patio, al bar, conversábamos, pero allí nadie decía ni mú de los problemas que Sancho nos había puesto. Porque no se nos vigilaba, y a nobleza se responde con nobleza. Toda la vida agradeceré que alguien en mi juventud, alguien en el momento preciso, haya confiado en mí.

Pero ahora aquel hombre que en mí confió ha muerto. Juan Sancho el malo, como él decía (el otro Juan Sancho era, por lo visto, el bueno) ha muerto. El que casó y volvió con hijas e hijos, “como el soldado que va a la guerra y vuelve con heridas, y no como éstos que vuelven todo peinaditos” como una vez nos dijo. El que salió a la palestra, y en ella enseña todavía, en el espíritu de quienes, aún jóvenes, prestamos aún oído atento a su palabra. El que ahora ha comprendido por fin la revelación de Diotima: hay científicos que atisban al final de su vida que la verdad es una y hay artistas que atisban que la belleza es una. Pues bien, esa única verdad y esa única belleza son una y la misma, y adherirse a esa única Verdad y única Belleza es el único y verdadero modo de hacerse inmortal.

Éstas han sido unas palabras sobre Sancho Guimerá, el profesor, el maestro, el mortal “diamante inmortal”. Podría haber sido más académico, lo entiendo, pero he escrito las palabras que me han salido, pues he querido que fueran por una vez como las suyas, “unas pocas palabras verdaderas”, la definición que Antonio Machado daba de poesía. En otra ocasión escribí de Sancho Guimerá, el matemático, y lo llamé entonces nuestro Grothendieck particular, el Grothendieck español, demasiado tarde aprovechado. A unos entusiasmo que escribiera aquello

y otros me dijeron que, simplemente, no estaban de acuerdo. Tratándose de Sancho, creo que eso significa que acerté, pues aun después de muerto Sancho ha de ser siempre blanco de contradicción. Lo que aquí he escrito parecerá a algunos estupendo, pero otros, más sensatos y prudentes, dirán: “lo que tiene que hacer un profesor en clase es enseñar matemáticas y no recitar poesía”. Yo sólo puedo responderles “lo siento, ése es el recuerdo que tengo”. Pero me parece entonces oír su voz, que ni aun muerto creo que a nada quede callado: “Pues no estoy de acuerdo con ustedes, sensatos. Pues no estoy de acuerdo con ustedes, prudentes. Porque para enseñar geometría proyectiva ya está el Simple and Kneebone” Y es que quizá en su tenso y convulso discurso Sancho tuviera razón, quizá no está el maestro para hacer lo que puede hacer un libro. Quizá su misión sea prender un fuego, el fuego que prendió en mí y en otros jóvenes, provocando un incendio que de una buena parte de las matemáticas españolas actuales es responsable.

Termino. Considero una gran suerte en mi vida haber tenido a Sancho. Yo puedo así imaginar lo que pudo ser Sócrates, o Hegel, o Unamuno, o Max Scheller, a quien por cierto Sancho se parecía, hombre pequeño, algo encorvado, de rostro avellanado y mirada absolutamente intensa, que a nadie a su alrededor dejaba indiferente. Creo que el significado de la palabra “genio” sólo lo podemos comprender quienes hemos tenido la inmensa fortuna de tropezar con un genio en nuestra vida. Quien lo ha encontrado, lo sabe.

Ignacio Sols
Profesor Emérito Complutense